

la plaza: un edificio muy bonito si se quiere, pero cuyas partes no tienen la trabazón necesaria y cesan, por lo tanto, al menor sacudimiento. ¿Sería cuerdo confiar a un amparo tan frágil quien querría encargar la defensa de sus más caros intereses y de su patria a un ejército cuyos soldados pueden a voluntad dispersarse a la hora del peligro y abandonar su bandera?

Como conservadores sinceros, como que amamos desinteresadamente nuestra causa, deseamos y exigimos la disciplina en nuestro Partido, y no podemos convivir con aquellos que a trueque de trepar las alturas del poder, ó de recibir una sonrisa complaciente de los de arriba ó por consideraciones de cualquier otra especie, llegan á romper la unión que es la vida de los partidos.

Como católicos deseamos la unión y trabajamos por ella con tal que tenga por base y fundamento una rigurosa disciplina. Estamos acostumbrados á lamentar por una parte los perjuicios sin cuento que en muchas naciones causa á la Iglesia la dispersión de las fuerzas católicas, y por otra parte admiramos las ventajas que en otros países alcanza una porción bien organizada y compacta de católicos sinceros. Quisiéramos que ningún católico se hiciera entre nosotros culpable de los quebrantos que la división ocasiona; quisiéramos que los que han roto la disciplina tradicional del Partido Conservador, meditaran á solas ante los ejemplos de afuera y ante los peligros de adentro sobre los enormes daños de que se hacen responsables ante Dios y la Patria; verían ciertamente, si todavía albergan verdadero amor no ya á su partido, pero siquiera á la causa católica, que no se puede prescindir del principio de autoridad en un partido católico sin inferir á éste grave perjuicio; que no se puede dañar á un partido cuya bandera es la Religión, sin que ésta se resienta de aquellos daños, y que tal responsabilidad es más directa é ineludible cuando, como en el caso actual, de las quiebras del partido católico los que aprovechan son los que con más odio y tenacidad combaten la Religión, doctrinarios y radicales. Si no creen en los peligros de aquí, atiendan siquiera á los resultados de experiencias ajenas.

Movido de esas experiencias el Papa hace tres meses puso todo empeño para cortar de raíz una discordia que comenzaba á brotar entre los católicos italianos; y para conseguirla no se valió de acomodos que pudieran relajar un punto de disciplina, no hizo que la mayoría se rindiera á los deseos del círculo discordante, no efectuó el menor acto que pudiera importar desautorización de los directores de la Obra de los Congresos Católicos, que es allí el centro de todo movimiento católico, sino que manifestó imperiosamente su voluntad de que hubiera firme concordia entre los católicos y al mismo tiempo adhesión de toda obra u asociación católica á la Obra de los Congresos. La unión se hizo sin que la disciplina se resintiera en lo más mínimo. Aprovechemos la lección del Papa y el ejemplo de los católicos italianos.

POLÍTICA INSEPIENTE

Hay gran número de individuos que conservan íntegro el depósito de la fe de sus antepasados: el credo católico; hasta sus católicos prácticos, y que serían indudablemente ornamento de la Patria y gloria de la Religión si fueran consecuentes con sus ideales católicos en las esferas políticas, pero llegan á persuadirse que el hombre político debe tener dos conciencias, correspondientes á los

dos caracteres de hombre privado y hombre público, la conciencia privada y la conciencia pública, y creen que las leyes morales, la Iglesia católica, el Santo Evangelio, deben ser los reguladores de la primera, pero no de la segunda. En el seno del hogar, en sus relaciones domésticas y sociales se muestran católicos sinceros, pero en las cuestiones políticas son defensores de las más absurdas libertades y tolerancias con la más escandalosa licencia. Tal es la política insipientemente. — (El Obispo de Cortúgena.)

El Clero y la regeneración política y social

De un interesante folleto del presbítero italiano, doctor en teología, L. Misorta, extractamos los párrafos siguientes:

Lo que más ha temido siempre la masonería es que el sacerdote deje la sacerdotía, ó sea la vida retirada del bullicio del mundo, para largarse á la vida social. Bien ha comprendido ella que, con el sacerdote, tarde ó temprano, Dios volvería á entrar en la sociedad, de la cual la masonería creía haberlo alejado para siempre.

Por esto el trabajo de la masonería ha sido en todas las edades un trabajo oculto, misterioso, de zapa. Pero el espíritu del mal, envaletonado por el éxito obtenido, ha arrojado ya la máscara y obra públicamente: se ha desbordado de suerte que los mismos que lo dirigen no consignan ya ordenarlo y encerrarlo dentro de ciertos límites, para asegurar más el triunfo universal con que sueñan.

Los católicos laicos han tomado ya, animados por el Sumo Pontífice, el puesto que les corresponde en la lucha. El clero algo se resistía para guiarlos y acompañarlos, porque les costaba dejar su amado retiro, le costaba influir por otros medios fuera del altar, del confesionario y del pulpito.

Ahora, empero, el Papa León XIII ha manifestado claramente que no tiene fundamento alguno la distinción que se hacía entre sacerdotes y laicos para trabajar en la regeneración social. Por el contrario, ha expuesto que tal distinción en vista del objeto referido es contraria á sus miras. Conversando con un ilustre proclama llegó á decir estas palabras:

«No comprendo cómo un sacerdote pueda celebrar la misa con la conciencia tranquila y no favorecer la obra de los Congresos Católicos: DECID Á TODOS QUE EL PAPA DESEA Y RECOMIENDA ESTAS ASAMBLEAS.»

En audiencia concedida en 22 de febrero de 1895 al obispo de Tortona, monseñor Iguino Bandi, decía León XIII:

«Ya es tiempo de que el clero salga por fin de su sacerdotia para que, por medio de las obras católicas, se acerque al pueblo, á la sociedad, á fin de volverla á Jesucristo.» (Pastoral de mons. Bandi, de 6 de marzo de 1895.)

En vista de esto, ¿es posible que los sacerdotes continuemos en la inercia, rehuyamos la lucha, no nos asociemos á los católicos laicos que, con tanta nobleza y entusiasmo, combaten por el triunfo de la Iglesia y por el bienestar social? ¿Es posible, digo, que todavía haya quien dude de cuál sea á este respecto el pensamiento y la voluntad del Santo Padre?

El Partido Conservador y las Provincias

Hoy que se quiere poner en tela de juicio la gran obra social del Partido Conservador y los inmensos servicios que ha prestado á la República, se oportuna y, diremos más, indispensable, estudiar sus hechos para equilibrar su verdadero valor, y en

consecuencia tributarle los honores que merecen los hombres sencillos y patriotas. Es imposible en unas cuantas escillas de papel, dibujar su historia, porque es la de un gigante, pero presenciamos la frecuencia que nos muestra el uno de los puntos más interesantes de la vida pública de un país, como es la organización del gobierno nacional.

Hay dos tendencias claras y detalladas en todo sistema de gobierno público: la una que centraliza y la otra que descentraliza; una que absorbe al pueblo pequeño en obsequio del grande, otra que da derechos reales y positivos al pequeño disminuyendo la fuerza del grande. Y desde luego afirmamos—porque la historia de cien pueblos así lo dice—que dondequiera que las ideas radicales imperen, ahí cierto y absolutamente se centraliza y al contrario, donde las ideas cristianas y católicas tienen la influencia debida, ahí los pueblos pequeños son reconocidos, considerados y respetados.

Esto es lógico. El radicalismo, en sus doctrinas últimas lleva el germen de la opresión, porque como no tiene razón de estado para imponer su modo de pensar, que es contrario á lo que la conciencia dice, tiene que apelar á la fuerza. Al contrario, el catolicismo que tiene ideas claras y precisas que enseñan la grandiosidad del alma; el catolicismo, que se apoya en la conciencia y que señala á todos lo que deben hacer en la vida y en cada caso público ó privado, no tiene para qué acudir á la fuerza y abusos en la conciencia del individuo.

El individualismo verdadero—ó sea la teoría social que da derechos reales á la persona y que concede al poder público que debe respetarlos—es sistema esencialmente cristiano.

Por eso la historia, con la elocuencia de los hechos nos dice que las comunas ó municipios, que es el resaca de los gobiernos á los pueblos pequeños, nacieron de los concilios eclesiales, de las disposiciones de la Iglesia, de las ordenaciones del Pontificado romano y de los obispos. El espíritu de la Iglesia es abiertamente contrario á la demagogia y á la anarquía, pero, á la vez, abiertamente contrario también al despotismo y á la violencia; es el espíritu de Cristo, su fundador, tan amante del pobre y del débil, como firme contra el poderoso que oprime.

Por eso aquí en Chile tanta que ansiedad lo que ya se había visto en todas las partes europeas. El partido político que se inspira en las ideas cristianas, es decir, el Conservador, sostiene la autonomía de los pueblos contra la usurpación del poder central, ó sea apelando á su principio á la vida pública, la autonomía municipal. Y el partido más apartado de las ideas religiosas, como es el radical, tenía forzosamente que colocarse en Chile, como se ha colocado, en puntos de la vida comunal ó sea el gobierno del pueblo por el pueblo mismo.

No necesitamos, refiriéndonos á Chile, reenumerar las luchas generosas del Partido Conservador, que fué el primer—es preciso darse bien cuenta—que levantó en sus programas, la idea amplia y salvadora de la descentralización administrativa y el que combatió—como todas lo saben—hasta llevar al hecho y constituir en la ley y cimentar en la opinión pública para siempre, el valor y grandiosidad de la comuna autónoma.

Benditos serán siempre en Chile los nombres de don Manuel José Irujo, don Carlos Walker Martínez, don José Tocornal, don Z. Robalillo Rodríguez, don Ventura Blanco y tantos más nobles adalides conservadores, que inspirados en las ideas cristianas, que son de orden y de libertad á la vez, nos dieron la ley más trascendental que se ha promulgado en nuestra patria, en toda su vida de nación soberana.

Se dice que la comuna autónoma tiene defectos. Es cierto, como tiene defectos toda cosa humana, como los tiene el rol que á veces se obscurece, como los tienen los ríos que á veces traen cenizas ó poca agua, como los tiene la forma republicana de gobierno á la monarquía, como los tienen los congresos ó los cuerpos deliberantes, como los tiene todo lo que hay debajo del sol, como los tiene toda cosa creada, que no es Dios...

¿Que se abuse, se dice, en las comunas autónomas? ¿Y no se abuse en los gobiernos, en los congresos, en las cortes de justicia, en los juzgados, en el ejército y en cuanto hay sobre la tierra? Condenar una cosa porque de ella se abuse, es precisamente reconocer su mérito, porque no es eso lo que ella merece...

Volvámos á lo que decíamos al empezar—y para concluir—sin entrar en tantos otros puntos que, con la elocuencia de los hechos, nos presenta la historia del partido conservador en Chile—levantamos en alto esta enseña de gloria, que lo coloca como el primero de los partidos políticos de nuestra República, la *campana autónoma*...

Y todo lo dicho es tan exacto y verdadero, que cuando hoy se levanta bandera de combate contra esta institución popular y eminentemente cristiana, son las comunas conservadoras precisamente las que se defienden y las radicales las que duelen la cerviz y dejan unción el yugo que va á esclavizarlas ó matarlas...

Bendita sea la Iglesia, que es á los pueblos la escuela clara de sus grandes deberes, pero también de sus derechos; Bendita sea la Iglesia que ha dado al poderoso y al débil con la palabra de Cristo su fundador, que es el rey de las naciones de los individuos!

¿Y plegue al cielo que el partido conservador de Chile, firme y sereno, valiente y generoso, se empape jamás al teatro de su bella historia y que como el navegante en el puerto del barón, sea de las horas tranquilas á sus en medio de las vallas, vallas, vallas en brazos, atravesando el mar de la vida y llevando los tesoros, no en los coligios y de sus principios hasta que llegue, tarde ó temprano, el día feliz para la patria en que pueda en ellos enriquecer y hacer grande y feliz á la República.

Política Liberal

Habiendo de este tema á que se ha entregado nuestro Gobierno, de hacer política liberal, decíamos que una de las tendencias de este nuevo sistema de gobierno era la marcada afición á las gobiernos del presupuesto que procura vigorizar su partido. Conociendo con esta tendencia, se ha lanzado el Gobierno con febril empuje en la campaña de errata de puestos públicos para darlos á correccionarios liberales, como si esos cargos fueran después dados al vencedor ó botín de una batalla y sus cargos nacionales que todo chileno debidamente preparado, puede adquirir ó desempeñar.

Con la barrida de empleados públicos que el Gobierno de la política liberal ha hecho y sigue haciendo, el país verá con asombro que la Administración Pública se ha entregado, no á partidos serios que se inspiren en buscar el progreso nacional por medio de leyes y medidas que impulsen el bien moral y material del pueblo, sino á una sociedad ó compañía explotadora de empleos públicos y del presupuesto nacional, que con el disfraz de hacer política liberal, viene revivificando toda y apoderándose de todo puesto público, como si fuera el patrimonio de una familia romana.

Bien puede la familia liberal seguir por el sendero que ha tomado, ello no lo conquistará ni honra, ni prestigio y si dará la medida de lo que son los pocos hombres que de ver se quedan.

Los pecudatos de tierras y guarnes que hundieron en la vergüenza á ciertos honores y partidos, no los tendremos aún, no obstante que es la misma familia de las recordadas hazas la que nuevamente viene á hacer política liberal. Y en sus tendremos ahora, porque la familia está ocupada en la reconquista de los puestos públicos que perdió mientras recuperaba en la explotación y el olvido, alejada del gobierno, la vida y fama perdidas. Pero, que pase esta revolución de empleados, que no quede ni en la Administración ni en el Ejército hombre de bien que no exija, que los miembros de la gran familia todo lo ocupen y llenen, que esperará el país de estos que van por comer y que han merecido surgir por sus procesos políticos? No puede esperar otra cosa que las desperdicios de la mesa en que ellos se hartan y gusan. Porque así como del olmo no sacaremos perlas, ni de la zarza otra cosa que espigas y abrojos, así, el pueblo en vano esperará bellos frutos de inteligencia y trabajo. Sólo le darán diversiones para que se distraiga en sus males y no culpe al Gobierno de la situación que le aflige.

Ya puede la compañía de la gran familia cantar un himno á la famosa política liberal para que embobado el pueblo con la dulce melodía, deje á la compañía seguir tranquila el negocio sin tropiezos ni protestas.

Mientras tanto, los que vamos cómo la intriga derriba aquí á un jefe prestigioso del ejército, allá á un número considerable de intendentes y gobernadores por el delito de haber prescindiendo en la pasada lucha electoral, más allá la culpable intención de borrar de una plomada á un gran número de meritorios empleados de la Dirección de Obras Públicas porque hay algunos que no pertenecen á la gran familia, tenemos motivos para levantar grito de alarma y crearnos humillados ante el espectáculo triste que da nuestro Gobierno de tanta debilidad para ceder ante la voraz invasión de tanto hambriento, que abandonando todo respeto y dignidad, lo atropellan todo para conseguir sus intentos, hasta lo más preciado para el chileno como es la honra y prestigio del ejército.